



# OLAS AMARGAS

MARGARITA PAZ PAREDES

Acerquémonos a la orilla de todo lo anhelado  
 Olas embravecidas detendrán nuestra fuga  
 y las manos indemnes  
 habrán de conformarse  
 con la sal y la arena que deje la resaca.

No llegaremos nunca al centro de la dádiva,  
 ni podremos decir: "Es nuestra la armonía,  
 nuestro el amor, la paz y la esperanza",  
 pero el instante único  
 en que la flor despierta  
 y hace surcar su embarcación de viento  
 sobre el mar desolado de nuestra cabellera,  
 el instante agorero  
 en que la voz que amamos  
 —flotante y pasajera—  
 cruce la noche sorda y se detenga  
 fugaz en nuestro oído:  
 el instante preciso  
 en que una gota de agua  
 rescate nuestros labios del dramático polvo;  
 sólo eso bastará  
 para sentir la conmoción del mundo  
 vibrar en nuestra sangre, iluminando el sueño.

Después, ¡qué importa el valle de amargura,  
 y el alimento diario de lágrimas y ausencia!  
 Cada noche morimos  
 con los ojos y los brazos frustrados,  
 mas el caudal del corazón no puede  
 agostar su ternura  
 y espera sollozando  
 a la aurora boreal que ha de aromarle  
 de nardos encendidos  
 su vigilante y cálida porfía.

ENVÍO

Amor:  
 En alta mar tu mástil es un signo  
 de incitante misterio.

Cuántas veces  
 mis incógnitas naves han zarpado  
 hacia tu Norte íntimo,  
 y luego regresaron  
 porque un pavor de escollos las detuvo.

Un pavor que no acierta a descifrar su enigma,  
 porque todos tenemos en el alma  
 el recóndito sitio invulnerable,  
 donde un guardián sin rostro y sin memoria  
 lo preserva, secreto.

Cuando viajo hacia dentro de mi selva  
 y descubro  
 piedras antiguas, templos inviolados,  
 flores emancipadas de raíces  
 porque un viento fluvial las alimenta:  
 salgo distinta a renovar tus brazos  
 y el amor se transforma.

Entonces llego a ti con mi ofertorio  
 a colmar tu aposento  
 y me llenas los ojos y los labios  
 de tu interior, insólita armonía

Amado:

Quedemos sumergidos  
 en los colores fulgidos después de la tormenta.  
 Abrevemos el júbilo de las horas felices,  
 del arco iris afuera, en la playa del agua.  
 Nunca, nunca bajo el oscuro  
 temblor de olas amargas.  
 Que el guardián impasible sin rostro y sin memoria  
 amuralle el secreto de la tristeza íntima,  
 que no sabremos nunca  
 de qué savia se nutre y crece y nos agobia.  
 Que yo diga tu nombre  
 cuando mi boca sea  
 la llovida corola de un geranio,  
 y que tú me recibas  
 cuando tu pecho tenga  
 la límpida frescura del rocío.